Pasó la bestia á lo largo de Teruel, rodeó por fuera las murallas de Daroca, y al ir á tomar el camino de Calatayud, espiró en el umbral del hospital de San Marcos contiguo á la puerta *baja*, quedando adjudicados á Daroca los santos Corporales.

Tan insigne favor del cielo atrajo sobre la colegial de Santa María, que los guardó como cabeza de las demás parroquias, la liberalidad de los príncipes de la tierra. Delicada y pura en sus labores, admirable por las pequeñas figuras que la adornan (1), brilla todavía la custodia, rico dón de Jaime I; pero antes que el Señor fuese paseado en ella triunfante por las calles de Daroca en el gran día del Corpus, los Corporales milagrosos eran llevados anualmente en procesión, y acaso influyeron en el ánimo de Urbano IV para la institución de aquella gloriosa solemnidad por toda la faz de la Iglesia. Prosiguió entonces con nuevo ardor la fábrica del templo empezado bajo los auspicios del piadoso monarca (2); su longitud sólo se extendía cuanto se extiende ahora la anchura del que le ha sucedido; la nave principal, cortando transversalmente el actual recinto, se elevaba á la misma altura de éste, y realzaba su gallardía lo angosto y bajo de las laterales. Cuatro gruesas columnas sostenían el primitivo cimborio, cuya clave hoy sirve de pila de agua bendita; descollaba como capilla mayor la de los santos Corporales ocupada por un retablo antiquísimo de Nuestra Señora la Goda, por otro nombre la Coronada; y metido entre modernas construcciones asoma todavía por fuera el torneado ábside, y ventanas casi bizantinas tala-

(1) Entre ellas se distinguen los cuatro evangelistas, con la particularidad que San Marcos lleva mitra como obispo de Alejandría, el Crucificado y la Virgen, y abajo otra Virgen en medio de dos personajes arrodillados que presentan el rey y la reina; todas de una perfección que se adelanta con mucho á su época.

(2) Entre otras limosnas dió Jaime I á la fábrica de Santa María un esclavo moro, facultando á la aljama de Daroca para rescatarlo. En el archivo de la colegiata (caj. D) consta una obligación de dicha aljama, en la que para rescate del esclavo, y para congraciarse con el obispo de Zaragoza Sancho Ahonés allí presente y con el clero y concejo de Daroca, prometen sus miembros contribuir cada año perpetuamente con 30 libras de hierro, tres azadones y dos picos para la obra, y calzar y recalzar todos los instrumentos.

dran el que era flanco del antiguo edificio y es ahora fachada del nuevo.

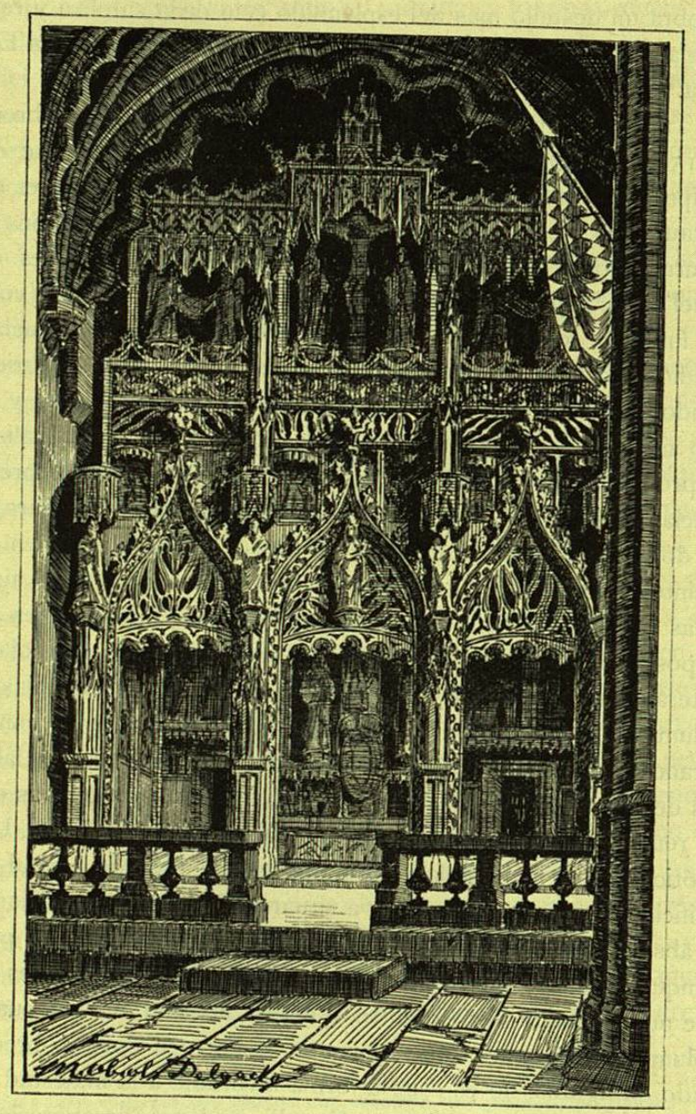
Pero la más preciosa muestra que aquella construcción del siglo XIII nos ha legado de su carácter, es la puerta *del Perdón*, que el plan renovador heredó y conservó respetuoso, si bien convirtiéndola de principal en lateral. Fórmanla en gradual diminución cuatro arcos ligeramente apuntados, de los cuales el interior cubre su desnudez con una hermosa guirnalda, y el exterior remata en un florón que destaca sobre el lienzo labrado con relieves de gótica arquería. Una caprichosa faja esculpida de monstruos y fieras, cortando las molduras de los arcos á la altura de su arranque les sirve de capitel corrido; traza en el fondo el dintel de la puerta un arco rebajado sostenido por otros bellos capiteles, y en su tímpano se ve la representación del tremendo Juicio final. La concepción del rudo artista es tan sencilla como enérgica: abajo una fila de sepulcros entreabiertos, en derredor grupos de ángeles y serafines, en el centro el Hijo del hombre implorado de rodillas por dos santos de los cuales parece el uno la Virgen de misericordia, y acompañado de varios ángeles, unos enarbolando los instrumentos de la pasión, otros tañendo la trompeta pavorosa.

Desde tiempo atrás la vida reglar unía bajo un mismo techo al cabildo de aquella insigne colegiata; y en 1282 á la izquierda del templo se erigió el claustro, que sólo admitía á descansar en su recinto los huesos de los hidalgos y de los sacerdotes. El siglo XIV pasó estéril para la fábrica de Santa María; no así el XV que la aumentó y enriqueció con regias obras. La reina María esposa de Alfonso V edificaba en 1441 y proveía de campanas la cuadrada torre, adornada de ventanas ojivas en el segundo cuerpo, con una corona de merloncillos por remate; Juan II, apenas subido al trono, expendió sus tesoros en labrar un retablo digno de los santos Corporales: los reyes Católicos emplearon en fabricarles un relicario las primicias del oro tributadas por el Nuevo Mundo, cubrieron de esculturas los muros de la capilla, y

colocaron sus propias efigies arrodilladas encima de la puerta *Nueva,* que más tarde, erigida en principal por la restauración, amoldóse al tipo greco-romano.

Sorprendente y fascinador debía aparecer en la testera del antiguo templo el retablo de Juan II, que dejado ahora en el rincón de una capilla, resalta aún cual esplendente joya sobre cuanto le rodea. Su forma, apartándose de la común, imita una portada rica en calados, cuajada de relieves, erizada de cresteria: bordada gasa de arabescos vela en parte la abertura de los tres arcos, cuya ojiva guarnecida de hojas y adelgazada por el refinamiento espira en pomposo florón; estatuas de profetas bajo doseletes interrumpen las afiligranadas pilastras; y otros doseletes agrupados cobijan en el remate la efigie del Crucificado y dos parejas de ángeles sosteniendo los Corporales al par de las armas de Aragón y Castilla (1). En el fondo de los arcos osténtase incrustado en el gótico altar el sagrario que custodia las santas Formas, cuyas maravillas trazan en derredor numerosos relieves; pero el mérito de estos es casi nulo, como el de las demás esculturas del retablo no vivificadas seguramente por el cincel de Pedro Johan ni por el de Damián Forment. Los detalles no sostienen uno por uno la deliciosa impresión que el conjunto ocasiona; la ejecución no siempre corresponde á la idea, y aun en esta se echa menos algo de más puro, de más ligero, y se desearía mejor verla en su desnudez que pintada de blanco y perfilada de oro. Adorna la parte superior de los muros laterales un arco de relieve, y de sus airosas curvas brotan á manera de tallos seis peanas ocupadas por imágenes de santos que suben en progresión, descollando en medio la cruz sobre la cúspide de la ojiva; dos pilares de cresteria lo flanquean, y labradas pulseras sirven de marco á este adorno. El manojo de flechas y el gordiano nudo esculpidos en el centro del arco, revelan en aque-

(1) Este indicio, unido al carácter de algunos detalles arquitectónicos, pudiera dar margen á suponer concluído el retablo en tiempo de los reyes Católicos.



DAROCA.—ALTAR DE LOS CORPORALES

lla obra un destello más del espléndido celo de la católica y real pareja, cuyo enlace constituyó la fuerza y gloria de nuestra España.

Tal era la primitiva colegiata, cuando en 17 de Febrero de 1585 vió aparecer el severo rostro y grave continente de Felipe II; y como los canónigos le manifestaran sus planes de restauración y engrandecimiento, dijo el gran monarca con su natural aplomo que hubieran debido imitar los innovadores de aquel siglo: «bien parece esta antigüedad.» Pero el regio voto del fundador del Escorial no fué atendido, y cabildo y pueblo acudió á porfía á deponer sus limosnas para la nueva fábrica, dando ejemplo el prior con un donativo de dos mil libras; y al año siguiente vino de Castilla el maestro Juan Marrón á realizar su proyecto, que en artístico certamen había obtenido la preferencia. Prolongóse el templo por su primitiva anchura, abarcando doble área, y absorbiendo el claustro y algunas casas en su recinto; sin embargo al tenderse en tres espaciosas naves niveladas en altura aunque en anchura desiguales, conservó en su disposición alguna reminiscencia del arte gótico no desalojado enteramente de Aragón en todo el siglo XVI. De sus dos filas de columnas, formadas por un grupo de pilastras y medias cañas, arrancan con esbeltez los arcos aunque ya semicirculares; labores de crucería adornan con sobriedad su techo, y ventanas que ya renunciaron á la ojiva corren por cima de las capillas. Una exótica cúpula tachonada vino á alterar más tarde la unidad del edificio, y bajo de ella avanzó á situarse el altar mayor, dejando el ábside para el coro, y transformándose en tabernáculo: pero aunque el blanco grupo de la Virgen levantada por ángeles sobre nubes resalta vistoso entre el negro mármol de las cuatro columnas salomónicas que aguantan el barroco dosel sobrecargado de figuras, no es esta la forma favorable á la majestad del culto y á los efectos del arte. Con la mudanza desaparecieron antiguos sepulcros, entre ellos el de D.ª Violante de Luna vizcondesa de Perellós, y acaso el de D. Pedro Ahonés: mas el

gótico no abandonó del todo su morada, y los dos órdenes de la sillería del coro sencilla y pura en sus labores, las tres agujas del órgano y su pié cercado de ángeles puristas con músicos instrumentos, la bella araña colgada en el centro de la nave principal, un octógono armario que encierra la pila del bautismo, son otros tantos restos y despojos que sobrenadan á la restauración.

No pidamos ya más á la pintoresca y monumental Daroca: su historia militar y religiosa se reune bien en sus blasones, á saber, dos alas de muros convergentes, las seis formas consagradas que reemplazaron á cinco lises, y seis ánsares símbolo de vigilancia ó expresión de su material etimología. Arrimado humildemente á la colegial en anchurosa plaza el edificio ahora destinado á cárcel (1), sirvió un tiempo de casa municipal; la presente conserva por única alhaja dos pendones como recuerdo de las hazañas de sus compañías en el cerco de Valencia y de la gratitud de Jaime I, preciosas enseñas que desplegadas al viento se desharían en menudo polvo. Los conventos no tenían en su abono sino la antigüedad: el de Franciscanos, fundado en 1237 por el mismo rey Jaime, ha desaparecido; el de Mercenarios data desde 1381; y en 1266 el antiguo hospital de San Marcos, situado á las puertas de la población para que en ella no penetraran espías con disfraz de peregrinos, se convirtió en residencia de Trinitarios. Sobre su gótico y labrado portal se ve aún esculpida la mula que espiró allí enfrente legando á Daroca su más precioso tesoro, y se veía, no hace mucho, tras de una reja una grosera estatua, que diz que un tiempo abrigó un alma y tuvo movimiento y vida, antes que el cielo realizara sobre aquel villano (2) su propia maldición y le enclavara allí para escarmiento

(1) Sobre la puerta de este edificio se ve un cráneo entre verjas de hierro, y más abajo colgadas con cadena una escopeta, una pistola y un puñal. Sin duda son aquellas las armas y la cabeza de algún célebre malhechor, ó como quieren otros, las de un alcaide infiel que soltó dos presos confiados á su custodia.

(2) Llamábase éste, según la tradición, Pedro Bisagra, y sorprendido con un cesto de uvas hurtadas negó el robo con juramento, diciendo que el Santo Miste-

del perjurio. De la antigua ermita de Santa Quiteria situada sobre el camino de Zaragoza, dícese que fué casa de Templarios.

Al desembocar por la angostura que encierra á la ciudad, despliégase al oeste la hermosa vega que constituye su delicia y riqueza. Acequias y canales para el riego, puentes rústicos, copiosas fuentes, y un laberinto de senderos sombreados por lozanos frutales, tal es el cortejo que acompaña al angosto y profundo Jiloca y las dádivas que despliega ante el pueblo más principal de sus orillas. Desde que brota en medio del llano en las fuentes de Celda de manantiales subterráneamente bajados de los montes de Albarracín, la fertilidad va encadenada á sus huellas: su curso, tendiendo casi rectamente de sur á norte á desaguar en Jalón frente de Calatayud, empareja con la carretera por espacio de más de veinte leguas; y entre los lugares que visita distingue á Monreal del Campo, antemural de la frontera en el siglo XII, y á Calamocha la de linda parroquia y de crecido vecindario.

Las dos aldeas que primero se encuentran al mediodía de Daroca guardan dos recuerdos altamente heróicos. En el castillo de Báguena se encerró Miguel de Bernabé á la aproximación del ejército castellano en 1362: sordo á las promesas y amenazas del sitiador, detuvo él, simple aldeano, ante un fuerte lugareño el orgullo y poderío de Pedro el Cruel; vió las llamas trepar por el muro inaccesible á los soldados, crecer, envolverle en sus pliegues formidables; pero las llaves no fueron arrancadas sino de sus manos vueltas ceniza, y el vencedor sólo conquistó un montón de escombros y unos huesos calcinados. La hidalguía concedida á los descendientes del héroe, así hembras como varones, pronto dilató con multiplicados enlaces su prosapia, y dentro de un siglo apenas hubo vecino en los contornos por

rio le convirtiese en mármol si tal había hecho; y así, añade el vulgo, se verificó desde luégo, reduciéndose dos tercios su estatura en el acto de petrificarse.

cuyas venas no corriera la generosa sangre de Bernabé (1).

Media legua más abajo presenció Burbáguena en 1225 un sangriento drama en que precozmente se desplegó el magnánimo brío de Jaime I. Asaz mohíno subía de la frontera de Valencia el joven conquistador con escasa comitiva, malograda su expedición por la renitencia de los discordes barones en acudir á su llamamiento; cuando se encontró en el camino con D. Pedro Ahonés, que al frente de sesenta caballeros bajaba á realizar por su cuenta la excursión en que no había querido auxiliar á su soberano. Los trastornos del reino habían llevado el poder y la ambición de Ahonés al más alto punto, y los servicios prestados al real huérfano en su minoría le dieron audacia para constituirse opresor suyo: el animoso mancebo subyugado por un vasallo trocó en indignación su amor primero. Hízole no sin trabajo retroceder hasta Burbáguena; y entrando con él en la casa del Temple, en presencia de varios ricos-hombres, intimóle que desistiera de la excursión y respetara las treguas que tan á pesar suyo y por culpa de los magnates acababa de firmar con el rey moro: rogó, mandó, y á vista de su inobediencia le declaró preso (2).

(1) Hace mención de esta hazaña Gracia-Dei rey de armas de Fernando el Católico, en su inédito nobiliario en verso que cita Uztarroz:

En esta entrada se vido
La gran fé de Bernabé;
Que bien que fué combatido,
Mas nunca escuitó partido,
Fasta que cremado fué,
Y ni aun por esas rendido.
Cá en sus manos abrasadas
Las claves fueron trovadas
Del castillo que tenia;
Porque fué su nombradía
Mas que las mas estimadas;
Y lo es hoy su fidalguía,
Pues son sus fembras compradas.
etc.

(2) En la crónica lemosina del rey D. Jaime, escrita por él mismo, tiene esta escena un interés que no alcanzarían á darle todos los recursos del arte y de la

Pusiéronse ambos de pié. D. Pedro era gallardo y robusto; el rey apenas contaba diez y siete años, pero su mano sujetó la del guerrero sin dejarle desenvainar la espada. Acudieron al estrépito los caballeros de Ahonés, llenando la sala, y arrancáronselo de las manos; los del rey se habían esparcido por el lugar, ó miraban de lejos la singular pelea. Armado á toda prisa y montando un caballo prestado, siguió Jaime la pista al rebelde barón, y le halló atrincherado con los suyos en lo alto de una colina lloviendo piedras sobre los servidores del rey que le iban al alcance. Trepó la cuesta por un atajo, seguido de lejos por

fantasía; y al trasladar su parte más dramática, sentimos que el deber de la brevedad nos impida hacer lo mismo con la narración completa.

«E en asó no ni hach pus paraulas. E ell levás en peus é aquells que hi eran ab nos desampararen nos e ell, e anarensen sus al cap de la casa, e meteren mans als coltells, lurs mantells abrassats e los perpunts vestits, e lexaren nos sol ab ell. E ell era gran cavaller e fort e bó de armas, e volch metre mans á la espasa, e nos tengam la espasa en la má que no la poch treure. E los cavallers de D. P. Ahones no eran descavalcats, e eran defora: e quant ohiren lo brogit que 's feya en la casa descavalcaren trenta ó quoranta á colp: e mentras quels cavallers seus venian, ell volch metre má al coltell, e nos embargamlo e no 'l poch treure. E en aço foren entrats los seus, e els nostros eran per las posadas, e tolguerenlons de las mans per força, que ell no havia poder de sí que 's partís de nos, si que los nostros qui eran en casa nons ajudaren, ans miravan la luyta que haviam ab ell. E nos dixem á un cavaller d' Alagó per nom Miquel d' Aguas qui havia un cavall á la porta que 'l nos liurás; e sempre cavalcam en ell ab nostre perpunt vestit; e portarennos nostras armas, e anam detrás ell..... E vehem D. Pere Ahones ab XX cavallers qui nos partian de ell pujants per una costa á má esquerra, que volia estorcre á un castell del bisbe de Zaragossa per nom Cotanda..... E mentre que aço feya gitaven pedras grans e poquas als de jus perçó que no pujassen..... E al venir que nos fem cridam, Aragó, Aragó: e nos e nostra companya ensemps pujam al puig, e desampararen á D. P. Ahones tots los cavallers qui 'l guardavan..... E en tant vench D. Sanxo Martines de Luna germá major de Martí Lopis, e feri 'l per la part dreta de la llansa, e mes la hi per lo costat destre mitx peu per la ubertura del perpunt de jus lo bras. E ell que anava devant nos, que nul hom no anava devant entre nos e ell, sentis ferit e aturás e abrassá lo coll del cavall; e nos fom sempre ab ell, e leixás caure á la part esquerra del cavall. E nos tantost quant ell se comensá de desrocar, avallàm e posam los brassos sobre ell e dixli: D. Pere Ahones en mal punt fos nat. E ell no 'ns poch dir res, sino que 'ns sguarda en la cara. E nos estant açí vench D. Blasco d' Alagó e dix: Senyor, prech vos que nos lexeu aquet leó que venjar nos hem de çò que us ha feyt. E nos dixemli: D. Blasco, Deus vos confona perque diéu aytals paraulas, e jo us dich que si á D. P. Ahones ferits que á mi haureu á ferir, privar e vedarvos hem. E cavalcamlo en una bestia, e un escuder que li sofferia son cors: e morís en la carrera ans que fos á Burbaguena. E nos anamnos á Daroca, e llevam D. P. Ahones en un tahut de Daroca, e metemlo en Sta. Maria de Daroca.»

dos jinetes, y á su grito de *Aragón! Aragón!* dispersóse la gente de D. Pedro; pero antes que el rey alcanzó Sancho Martínez de Luna al fugitivo, y le hundió la lanza en el costado por la escotadura del peto. Vióle el rey vacilar, y abrazar el cuello de su corcel, y apeándose al momento llegó á tiempo de sostenerle en sus brazos diciéndole: «en mal punto nacisteis, D. Pedro»; el moribundo no contestó sino con una larga y dolorosa mirada. «Entregadnos ese león, y dejad que venguemos los tuertos que os hizo», gritaba D. Blasco de Alagón acercándose con la lanza en ristre; pero el príncipe se interpuso por escudo y contestó indignado: «Dios os confunda, D. Blasco, por consejo tan villano; el que á D. Pedro quiera herir ha de herirme á mí primero.» Atravesado sobre un caballo y sostenido por un escudero, espiró Ahonés antes de volver á Burbáguena; su cadáver fué llevado á sepultar á Santa María de Daroca: y probado su valor de soldado, y satisfecha su justicia de monarca, acompañaba Jaime como caballeroso rival el fúnebre ataúd, preñados sus ojos de lágrimas generosas.